Jordi Maiso Blanco

Henry David Thoreau: Ética como unidad de teoría y praxis II Parte

Abstract. *The life and work of Henry David Thoreau constitute an indissoluble whole. His ethical and vital position is a proposal of an alternative way of life, which disputes the deep basis of our society and our interaction with nature, and has turned him into the prophet of ecology and civil disobedience.*

Resumen. *La vida y la obra de Henry David Thoreau constituyen un todo indisoluble. Su planteamiento ético y vital es una propuesta de un modo alternativo de vida, que cuestiona las bases profundas de nuestra sociedad y nuestra interacción con la naturaleza, y le ha convertido en el profeta del ecologismo y la desobediencia civil.*

Frente al sistema capitalista: el trabajo como otra forma de esclavitud

¡Pobre rico! Sólo tiene lo que se ha comprado.
Lo que yo veo es mío

Pídeme dinero si quieres,
pero no me pidas mis tardes

Thoreau nunca se sintió atraído por las promesas de lucro y riqueza del famoso sueño americano que prometía el capitalismo ya en sus inicios. Consideraba que esto significaba convertirse en un siervo de tu trabajo, en primera instancia y, después, una vez lograda la acumulación innecesaria de bienes y dinero, en un esclavo de tus posesiones: "Rechazó el sistema de las fábricas porque significaban la explotación de los demás. Rechazó igualmente el culto al éxito y el credo puritano del trabajo constante porque significaba la explotación de uno mismo"[1].

En su vida nunca hizo nada para labrarse una carrera de éxito o prosperar económicamente, cosa que sus conciudadanos le echaban en cara constantemente. Se dedicó a diversas profesiones a lo largo de su vida, que le fueron permitiendo satisfacer sus necesidades materiales. Fue maestro de escuela, tanto en la pública como en la privada que formaría junto con su hermano John. Más tarde, colaboró en la industria familiar de fabricación de lápices, pero "cuando hubo descubierto un procedimiento para hacerlos tan buenos o mejores que los ingleses, no volvió a hacer un lápiz nunca más, para no rutinizarse"[2]. Posteriormente fue agrimensor, oficio que le agradaba porque le permitía estar en contacto con la naturaleza, y mientras mantuvo dicha profesión fue muy respetado por su honradez y meticulosidad en el trabajo. Sin embargo, la mayoría de la gente no conseguía explicarse por qué se molestaba tanto en oficios que le aportaban tan poca remuneración, pero él no pensaba así: "preferiría ciertamente sufrir y morir antes que tomarme la molestia de ganarme la vida con los procedimientos que los hombres proponen"[3].

Para exponer su aguda y significativa crítica al sistema capitalista y a sus ideales, que habían

sido propuestos por Franklin, me centraré en su breve obra *Una vida sin principios*, publicada póstumamente, en la que encontramos referencia a todos estos temas.

Benjamín Franklin[4] expresó la ideología del capitalismo, relacionándola con unas máximas morales de marcado carácter utilitarista que sostenían en primer lugar que la moralidad es útil porque proporciona crédito. Sin embargo, para Franklin es suficiente con la mera apariencia de honradez, no hay que prodigar esta virtud en exceso, porque eso no nos beneficiaría. El beneficio es la palabra clave de su ética. Sostiene que la adquisición constante de dinero y riqueza no es tan solo un medio para satisfacer nuestras necesidades, sino que es el fin mismo de nuestra vida. La ganancia de dinero expresa la virtud crucial de la moral de Franklin: el trabajo, el cumplimiento del deber profesional. Según el análisis de Weber, esta forma de vida se extendería favorecida por la ascesis puritana, especialmente la calvinista, que concibe el trabajo como fin en sí de la vida, como único modo de ganarse la gracia de Dios y estar entre los elegidos que logren la salvación.

Thoreau se opone a esta concepción de "el trabajo por el trabajo", sostenida por Franklin y el calvinismo, y concebido, en su elogio de la laboriosidad, como el bien supremo de la vida. Frente a ello, defiende la pereza y el ocio creativo, que es muy distinto de la holgazanería. Por ello no tiene reparos en decir: "yo no conozco nada, ni tan siquiera el crimen, más opuesto a la filosofía, a la poesía, a la vida misma, que este incesante trabajar"[5].

Thoreau nos invita a considerar el modo en que pasamos nuestras vidas, y nos hace ver que el mundo es un lugar de incesante trabajo en el que apenas hay descanso. En la sociedad capitalista, la capacidad de trabajo, de producción, es lo más valorado, la más preciada virtud. Sin embargo, frecuentemente se trata de un trabajo estéril, sin más fin que producir más y más dinero y generar más y más negocios, con el único objetivo de acumular dinero. Sin embargo, este dinero antes o después se despilfarrará, pues hay determinadas cantidades en las que el dinero no puede servir ya a cosas que nos sean realmente útiles, sino a lujos superfluos que en realidad quitan lugar a cosas que Thoreau considera más importantes: "No es fácil conseguir un simple cuaderno para escribir ideas; todos están rayados para los dólares y los céntimos. Un irlandés, al verme tomando notas en el campo, dio por sentado que estaba calculando mis ganancias"[6]. Además, el trabajo que en muchos casos se exige no es ya ni siquiera un trabajo bien hecho (en concordancia con lo que Franklin dice de la honradez), sino simplemente un trabajo cuyos resultados sean pragmáticos[7]. Así, Thoreau comenta que, a veces, su trabajo como agrimensor no satisfacía, y sus clientes preferían que no procediera con absoluta honradez: "cuando hago notar que hay distintos modos de medir, mi patrón generalmente me pregunta cuál le proporcionará más metros, no cuál es el más exacto"[8].

Las máximas de Franklin llevan a los hombres a considerar que ante todo deben trabajar para ganarse la vida y han de hacerlo por medio de estos trabajos sin finalidad alguna e incapaces de realizar a ningún individuo: "la mayoría de hombres se sentirían insultados si se les emplease en tirar piedras por encima de un muro y después volver a lanzarlas al otro lado, con el único fin de ganarse un sueldo. Pero hay muchos individuos empleados ahora mismo en cosas menos provechosas aún"[9]. En consecuencia, sostiene que en un sistema de trabajo tal "los caminos por los que se consigue dinero, casi sin excepción, nos empequeñecen (...) Se te paga para que seas menos que un hombre"[10].

Thoreau considera por tanto que hacer algo sólo para producir dinero es peor que ser un holgazán, y que la situación es francamente triste cuando un obrero no adquiere de su trabajo nada más que su sueldo. En cambio, señala que el que se ocupa de sus propios asuntos con placer y creatividad, no puede ser sobornado con ninguna cantidad, y no es esclavo de esta enfermiza ansiedad por producir y enriquecerse. En este sentido, afirma que *"si tuviera que vender mis mañanas y mis tardes a la sociedad, como hace la mayoría, estoy seguro de que no me quedaría nada por lo que vivir"*[11]. Agudamente, Thoreau señala el absurdo de dedicar la mayor parte de una vida en ganarse el sustento, y no dedicarse a actividades que nos aporten algo más. Pero va todavía más lejos: "Las formas con las que la mayoría se gana la vida, es decir, viven, son simples tapaderas

y un evitar el auténtico quehacer de la vida"[12]. Nos pasamos la vida trabajando y acumulando dinero, esclavos de la producción y el consumo, pero la vida está en otra parte.

Cita como ejemplo significativo de este vivir sólo para acumular dinero a los buscadores de oro, que esperan el golpe de suerte para trabajar lo menos posible. Piensa que el buscador de oro es en el fondo el enemigo del trabajador honrado, puesto que encargan el trabajo a los menos afortunados, y señala que subsistir en el mundo no es algo que debamos echar a suertes, porque "la consecuencia sería que toda la humanidad se colgara de un árbol"[13]. Frente a esta mentalidad y esta concepción de la vida, él no se deja impresionar por los encantos del oro, y afirma que "si pudiera disponer de la riqueza de todos los mundos levantando un dedo, no pagaría semejante precio por ella"[14].

La crítica que lleva a cabo en *Una vida sin principios* a los cimientos de la sociedad estadounidense es atroz. Se dice que en dicho país se está librando la batalla de la libertad, pero "incluso si aceptamos que el americano se ha librado de un tirano político, todavía es esclavo de uno político y moral"[15]. Puede que los americanos se hayan liberado de un rey, pero no se han liberado del prejuicio, pues reverencian su modo de vida y se niegan a cambiarlo, ante lo que cuestiona: "¿Qué sentido tiene nacer libres y no vivir libres? ¿Cuál es el valor de la libertad política sino el de hacer posible la libertad moral? ¿Alardeamos de la libertad de ser esclavos o de la libertad de ser libres?"[16]. Como en la *Apología del capitán John Brown*, Thoreau vuelve a cuestionar si esta libertad no se extingue en su propia proclamación, si los ciudadanos son realmente libres o todo se reduce simplemente a que tienen conciencia de serlo. Cree que la defensa de la libertad que se promueve desde las instituciones y que celebran los ciudadanos es muy superficial. La realidad es que se les somete a impuestos injustos y que una proporción alarmante de los ciudadanos no está representada. Lo cierto es que vivimos pervertidos por una "devoción exclusiva" al comercio, el negocio y la producción, que son medios y no fines. Esta es también la tragedia de nuestra forma de vida hoy. Lo que ocurre es que, como decía Weber y apuntaba Kafka en sus novelas, el afán de máxima racionalidad de nuestro sistema económico productivo, ha perdido de vista su objetivo y ha culminado en una maximización de la irracionalidad.

Sus contemporáneos piensan que el progreso y la civilización dependen del comercio. Thoreau en cambio sostiene que el comercio maldice todo lo que toca, imponiendo su mentalidad competitiva, y empobrece a la mitad de la población mundial. La caridad funciona como parche: "Presumís de dedicar la décima parte de vuestros ingresos a la caridad, quizá fuere mejor dedicar nueve veces más y acabar de una vez con ella"[17]. Además, sostener el sistema económico del comercio requería mucha producción y, a falta de tecnología, se echaba mano de la esclavitud. A este respecto, Thoreau cita al teniente Herndon, que dice que para extender la esclavitud al Amazonas hace falta "una población laboriosa y activa que conozca las comodidades de la vida y que tenga necesidades artificiales que le induzcan a extraer del país sus múltiples recursos"[18]. Así, la necesidad que los gobiernos han de alimentar en sus ciudadanos es la ambición desmedida de bienes y dinero que acabará por explotar más allá de sus posibilidades tanto a los hombres como a la naturaleza. Por último, Thoreau considera que cuanto más dinero se posea, menos se ejercitará la virtud, puesto que el dinero rompe la distancia y la tensión existente ente nuestras aspiraciones y nuestras posesiones, y nos impide el ejercicio de las virtudes: "El dinero acalla muchas preguntas que de otra manera habría que contestar, mientras que la única nueva que se le plantea es la difícil, pero superflua de cómo gastarlo"[19].

La actualidad de estas cuestiones me parece tan evidente que considero inútil hacer ningún comentario. La propuesta de Thoreau frente a todo esto es "que el ganarte la vida no sea tu ocupación, sino tu deporte. Goza de la tierra, pero no la adquieras. Los hombres son como son por falta de fe y de espíritu emprendedor, por vender y comprar, por desperdiciar su vida, cual siervos"[20]. Propone que demos un primer paso aislándonos de todo este bullicio del mercado y vayamos a buscar la riqueza en nuestro interior y en la naturaleza, porque estos son bienes que nadie

podrá discutirnos. Las posesiones y las herencias son en realidad una maldición, pues quienes las poseen tienen que pasar su vida sacándolas adelante. Hoy somos esclavos del trabajo, del consumo, y de las deudas que contraemos para equilibrar ambas. Sin embargo, como ya decían epicúreos y cínicos, quienes nada tienen son libres y no tienen más que la difícil tarea de cultivarse a sí mismos[21].Por todo ello reclama "la renuncia total de lo tradicional, lo convencional, lo socialmente aceptable. El rechazo de los caminos o normas de conducta ya trillados. Y la inmersión total en la naturaleza"[22].

La vuelta a la naturaleza en busca de lo originario

"Quisiera hablar a favor de la Naturaleza, de la libertad absoluta y de lo agreste, en contraposición a la libertad y la cultura meramente civiles, considerar al ser humano como un habitante o una parte integral de la naturaleza, más que como miembro de la sociedad"[23]. Con estas palabras comienza Thoreau su significativa obra *Pasear*, una oda a la naturaleza y lo salvaje frente al salvajismo de nuestra civilización.

Consciente de que a mitad del Siglo XIX se traicionan, si no la letra, sí el espíritu de la Declaración de Independencia y la Constitución estadounidense, de que se aniquila al indio y se esclaviza y explota al negro, impera la corrupción y el enriquecimiento de unos pocos a costa de muchos, y en definitiva, van al sumidero todas las esperanzas de una sociedad más justa, igualitaria y libre, Thoreau, en su afán de simplificar nuestras vidas y su búsqueda de nuevas alternativas ante una sociedad tan degenerada, se ve obligado a volver a la raíz de todo: la Naturaleza. Para ello, se retiró solo a vivir su utopía a la cabaña que se construyó con sus propias manos junto a la laguna de Walden, apartado de la civilización, y permaneció allí del cuatro de Julio de 1845 al seis de Septiembre de 1847. Su aventura duró dos años, dos meses y dos días, y, como resultado, nos dejó el escrito que ha pasado a la historia como su obra maestra: *Walden o la vida en los bosques.*

"¡Simplificad, simplificad!"

Esta es la exhortación que nos hace Thoreau en su *Walden*. Sus capítulos nacen de la observación de que "la mayoría de los hombres llevan vidas de tranquila desesperación. Lo que se dice resignación no es sino desesperación confirmada"[24]. Como dice Coy, todos llevamos dentro el afán de libertad, de renovación, de huir de la mezquindad y recomenzar. Esta obra es precisamente un intento de renacimiento. Uno de los objetivos es también la recuperación del tiempo, y acabar con nuestra esclavitud del Reloj, el Calendario y los Horarios, ya que vivimos demasiado deprisa, y como dice Thoreau, "hemos resuelto morir de hambre antes incluso de sentirla"[25]. Se trata de la búsqueda de autosuficiencia en la naturaleza, sirviéndose de la técnica, pero no de las tecnologías. Lo que busca es volver a la raíz, a lo primario, simplificar nuestra vida, que se ha convertido en un montón de detalles sin sustancia o, como dice Chuck Palanhiuk, en un montón de salsas y condimentos, pero sin ninguna comida a la que acompañar: "Fui a los bosques porque quería vivir con un propósito: para hacer frente sólo a los hechos esenciales de la vida, por ver si era capaz de descubrir lo que aquella[26] tuviera por enseñar, y no por descubrir, cuando llegue mi hora, que ni siquiera había vivido"[27]. Quiere librarse de todos nuestros prejuicios y convenciones para llegar a la verdad que está a la base de todo: la Naturaleza. Frente al estilo de vida propugnado por Franklin, basado en la avaricia y el *time is money*, nos propone todo lo contrario: "Resulta sorprendente cuánto goce puede haber en no tener nada definido, tan sólo el profundo sentido de estar vivo. Cómo me sonrío cuando pienso en mis vagas, difusas riquezas. Nada puede desvirtuarlas, porque mi riqueza no consiste en poseer, sino en gozar"[28].

En el primer capítulo de *Walden*, titulado "Economía", Thoreau hace un inventario de las cosas necesarias. Comenta que las cosas que consideramos absolutamente necesarias para sobrevivir son un bien absolutamente relativo, porque lo que en unos círculos es un imprescindible, en otros es un lujo, y en otros no es ni tan siquiera conocido. El análisis de las cosas desde la verdad de la Naturaleza, revela que las cosas absolutamente

necesarias son el alimento y el refugio, entendiendo por este último habitación, vestimenta y calor.

De acuerdo con esto, Thoreau propuso y practicó una alimentación frugal, siendo uno de los primeros vegetarianos. Considera relativamente sencillo obtener alimento en la naturaleza, y considera que podríamos subsistir, sin perder la salud, con una dieta tan simple como la de los animales. Sobre nuestras moradas, Thoreau dice que el avance de la civilización debería haber procurado mejores viviendas sin hacerlas más costosas, pero no siempre es así, más bien "la abundancia de una clase se compensa con la indigencia de otras"[29]. En cuanto a las vestimentas, se trata de que den calor y cubran la desnudez, pero el uso que hacemos de ellas es desmedido. Con gran agudeza, apunta que se prefiere andar con una pierna rota a andar con un pantalón roto, critica nuestro afán de acumulación, y nuestra sumisión a todas las modas, que, como ya advirtió Thoreau, no tenían como objetivo principal "el que la humanidad vaya honesta y adecuadamente vestida, sino, evidentemente, el enriquecimiento de las empresas"[30]. En definitiva, lo que Thoreau sugiere es una vida frugal, sin depender de nuestras pertenencias o de su acumulación, y afirma que "el hombre es rico según el número de cosas de que puede prescindir"[31].

Sin embargo, su afán de simplificar no se queda aquí. Cree que también hay que liberarse de las falsas necesidades que nos crean la tecnología y el progreso. Constantemente producimos más y más tecnologías que ya no nos sirven para superar nuestro déficit con la Naturaleza, sino que nos esclavizan, primero para su obtención, y luego para su uso, que es en definitiva innecesario; por eso, Thoreau clama que "los hombres se han convertido en herramientas de sus herramientas"[32]. El progreso avanza más rápido que nosotros: "tenemos prisa en construir un telégrafo magnético entre Maine y Texas; pero puede que Maine y Texas no tengan nada que comunicarse (...) Como si lo importante fuera hablar con rapidez y no con sentido común"[33]. Es como si la producción tecnológica del hombre, que le ha convertido en su siervo, se nos hubiera ido de las manos: seguimos creando medios para satisfacer los mismos fines, sólo que los fines han dejado de serlo, ahora el único objetivo es la simple producción de medios, y, en consecuencia, poco nos queda que contar.

Sin embargo, no conviene engañarse, Thoreau acepta el progreso en la medida que no nos esclaviza, sino que nos libera, y nos sirve realmente de medio para algo positivo. Lo malo no es el progreso en sí, sino que éste pierda de vista a su sujeto, se vuelva contra él y lo esclavice.

En el tiempo que duró su aventura de simplificación, mientras permaneció en su cabaña de *Walden*, nadie le molestó. Sin embargo, su puerta siempre estuvo abierta, y los que usaron su vivienda como refugio nunca le robaron nada, ni siquiera cuando se ausentó durante semanas. Esta es para él la prueba de que si viviéramos con sencillez y virtud, no habría tantos robos, ni envidia ni avaricia. En cambio, en un Estado que no promueve la virtud, sino la avaricia, y en que muchos viven envueltos en lujos y otros carecen de lo necesario, la situación es distinta.

La dialéctica entre naturaleza y sociedad

Los escritos de Thoreau están plagados de pasajes en los que clama a los encantos de la Naturaleza, o describe con la más exquisita sensibilidad alguna de las escenas de la vida salvaje. "La Naturaleza no hace preguntas ni responde a ninguna de las que formulamos los mortales"[34], sin embargo, nos eleva, nos permite dejar al margen las obligaciones de la sociedad y nos invita a fundirnos con ella. En su obra *Pasear*, nos propone que emprendamos a través de ella un camino absolutamente libre, avanzando siempre hacia delante, sin buscar volver a casa, porque se trata de estar "como en casa en todas partes"[35]. Considera que la Naturaleza nos invita a vivir el presente, a saborear cada instante, cada amanecer: "Es aquí o en ningún otro sitio donde está nuestro paraíso"[36]. Encuentra en ella la sociedad más dulce: "no puede ser muy negra la melancolía del hombre que vive aún en medio de la naturaleza, y en posesión aún de los sentidos"[37]. Para Thoreau, en la Naturaleza encontramos algo vinculado a nosotros, aún en lo inhóspito, y ningún lugar nos puede resultar extraño. Defiende además la importancia de lo salvaje y lo agreste, que es necesario para

nosotros, en tanto que nos tonifica: "la vida coincide con lo agreste. Lo más vivo es lo más salvaje. La presencia de naturaleza no sometida al hombre lo renueva"[38]. Esto es así porque "Necesitamos ver superadas nuestras propias limitaciones, ver criaturas que viven libremente donde nosotros no osamos a aventurarnos"[39]. Se trata de que lo agreste siga arisco, salvaje, misterioso e inexpugnable, pues es la única forma de tomar conciencia de nuestros límites. Thoreau coincide aquí con la caracterización de la Naturaleza sublime propia del segundo Romanticismo alemán, en la que se trataba que el hombre experimentara ante esta naturaleza desatada su propia finitud.

Thoreau no se explica cómo se puede soportar toda la vida encerrado en una habitación, en una tienda o en una oficina. Considera preferible a esto que el paseo le lleve lejos de nuestra sociedad y nuestras instituciones, a la naturaleza salvaje, a un jardín sin hombres: "Al cabo de media hora llego a una parte de la superficie terrestre en la que ningún hombre está de un año a otro, y por consiguiente la política no existe, ya que no es más que el humo del cigarro de un hombre"[40]. Este pasaje podría relacionarse con el que aparece en *Desobediencia civil*, cuando nos relata su encarcelamiento. Dice que una vez liberado y habiendo recogido sus zapatos, salió de la prisión y en media hora "estaba en medio de un campo de bayas, en una de nuestras colinas más altas, a tres kilómetros de distancia, y allí no se veía al Estado por ningún lado"[41].

Ante nuestra civilización corrupta, Thoreau opta por la naturaleza salvaje, y clama: "Dadme hombres libres como amigos y vecinos, no seres sumisos"[42]. Como hace Camus en *El exilio de Helena*, rechaza una sociedad que se construye de espaldas a la ardiente belleza de la naturaleza, y se considera un habitante fronterizo entre naturaleza y sociedad, buscando llegar a una vida natural, lejos de constructos que nos instrumentalizan: "quienes compartían la serenidad de la Naturaleza jamás enseñaron las doctrinas de la desesperación, de la servidumbre o de la tiranía espiritual o política"[43].

Debido a todo esto, muchos autores actuales están encontrando en Thoreau las claves para una ética de la tierra y los hombres, basada en el disfrute, el amor y el respeto por la naturaleza. Esto nos muestra la importancia que tiene su pensamiento en cuanto que anticipa el movimiento ecológico.

Por otro modo de interacción con la naturaleza

"Las corrientes de pensamiento ecológico apuntadas por Thoreau (...) están a la base de lo que en la actualidad es el movimiento de la Deep-Ecology"[44]. Parece que, ya en el Siglo XIX, nuestro personaje hace una apuesta decisiva por una ética ecológica. Condena la devastación del entorno medioambiental que comenzaban a llevar acabo sus contemporáneos en nombre del sistema económico incipiente. La necesidad de producir, lleva a considerar la naturaleza como una propiedad o un medio para producir una propiedad, en consecuencia, todos sabemos ya lo que ocurre: "Hoy en día, casi todo el llamado progreso humano, como la construcción de casas y la tala de bosques y de todos los grandes árboles, sencillamente deforma el paisaje y lo hace cada vez más dócil y ordinario. ¡Un pueblo que se precie comenzaría por quemar sus cercas y respetar el bosque!"[45]. También en *Una vida sin principios,* se queja de que al que pasea por el bosque por placer se le tome por haragán, mientras que el que especula con la tala del bosque y su madera, dejando toda la tierra árida y la belleza destrozada, se le considere un ciudadano emprendedor y un hombre de provecho. Thoreau sostiene en cambio que "no debe sacudirse bruscamente un árbol para recoger su fruto. No es un momento de aflicción, en que podría perdonarse incluso un poco de apresuramiento y de violencia. Es más que grosería, es criminal, infligir al árbol que nos da cobijo y alimento"[46].

También prevé el peligro de que las tierras se vayan convirtiendo en terrenos de propiedad privada, o todo sea urbanizado, sin dejar apenas un lugar donde poder disfrutar de la Naturaleza. Considera que sus contemporáneos llevarían "el paisaje, y a su Dios incluso, al mercado si pudiesen obtener algo por ellos"[47]. Sus campos no producen bellezas ni frutos, sino dólares; no maduran, se transforman en dinero. Frente a todo esto,

sostiene que "la conservación del mundo radica en la Naturaleza Salvaje"[48], de la que provienen todos nuestros recursos.

Su ecología se extiende también a los animales, a los que se negó a matar, ya fuera con fines científicos o de alimentación. Cuenta una anécdota que un habitante de Concord preguntó a Thoreau por qué no disparaba a los pájaros si tanto le gustaba estudiarlos, a lo que éste respondió que tampoco dispararía contra él por mucho que deseara estudiarle. La misma lógica se aplica para la comida. Considera que la dieta carnívora no es necesaria para el hombre, afirmación que hoy corroboran numerosos médicos. "No me cabe la menor duda de que es parte del destino de la raza humana, en su progreso gradual, dejar de consumir animales, de igual modo que las tribus salvajes dejaron de comerse entre sí cuando entraron en contacto con otras más civilizadas"[49].

Thoreau dice que hay que establecer una línea nítida que distinga nuestro modo de servirnos de la Naturaleza: "hay una diferencia entre comer y beber para tener energía y hacerlo por simple glotonería"[50]. Esto se puede relacionar con lo que dice Jorge Riechmann en su libro *Ecología y transformación social*. Su tesis es que el afán infantil del capitalismo por tenerlo todo inmediatamente, siendo incapaz de esperar o de medir las consecuencias de su acción, ha llevado a la trasgresión de los límites en cuanto al uso que hacemos de la Naturaleza. Estando claro que la capacidad de regeneración de los recursos naturales es muy inferior al uso que hacemos de los mismos, Riechmann considera que estamos en el momento en que la necesidad imperante es redefinir de nuevo los límites de nuestra interacción con la Naturaleza. Precisamente con este objetivo, Daniel Butkin ha publicado recientemente un libro, *No man's garden: Thoreau and a new vision for civilization and nature*, en el que vuelve a Thoreau para solucionar esta cuestión. Para ello, se centra en su vida y su obra, como modelo de ecologista autodidacta cuyos planteamientos pueden reconciliar los conflictos entre naturaleza y civilización, por ser capaz de, además de reconocer el crudo poder de lo salvaje, encontrarlo como algo cercano y amigable: "Butkin says that this idea of wildness close at hand, in combination with rigorous scientific study, can aid us in our quest to conserve wilderness, forestland, worldwide bio-diversity, threatened species, unique ecosystems and other special landscapes"[51].

Por tanto, podemos ver cómo la actualidad de Thoreau y el modelo que propone para volver a la naturaleza, a la fuente originaria, sigue aún vigente hoy. Estas formas alternativas de vida en la naturaleza, junto con su original visión de la convivencia, la justicia y modo de existencia sencilla serán también sus lecciones básicas en su vocación de maestro.

Thoreau como educador

¿Qué suele hacer la educación?
Convierte un arroyo serpenteante
y libre en una línea recta

La educación fue algo que interesó a Thoreau a lo largo de toda su vida. Consideraba que esta era la clave para solucionar los problemas de su tiempo, tanto en lo referente a la relación del hombre con la naturaleza, como en las contradicciones de la vida política y social. Toda su obra es en cierto modo una educación en unos valores diferentes, pero no por ello menos válidos. Sus escritos son ciertamente didácticos.

Tras graduarse en Harvard, Thoreau comenzó a dar clases en la escuela pública de Concord, pero lo deja tras dos semanas cuando un superior pretende obligarle a azotar a seis alumnos, ya que se niega a cumplir semejantes técnicas disciplinarias. Más tarde, funda una escuela junto con su hermano John, en la que intentó llevar a cabo su peculiar visión de la pedagogía, que tenía entre sus objetivos hacer primar el razonamiento frente a la memorización y la no represión ni castigo físico a los alumnos. Según los testimonios, los niños[52] le respetaban y estimaban por su modo de dar clase, su franqueza y su alegre ánimo. Sin embargo, la escuela sólo estuvo en funcionamiento tres años, ya que se vieron obligados a cerrar por los problemas de salud de su hermano, que fallecería poco después.

Varios autores, como Douglas R. Anderson, proponen hoy la recuperación del modelo pedagógico de Thoreau subyacente a sus obras. Anderson señala que hoy, los métodos de enseñanza

se basan en el uso de nuevas tecnologías, y la calidad de enseñanza no controlable técnicamente ha sido relegada a un segundo plano, convertida en una mera contingencia. En lugar de esto, rescata el modelo pedagógico de *Pasear*, que se centra en despertar lo que hay de salvaje en nuestro interior para rebelarnos contra los dogmatismos de la civilización que impiden nuestro desarrollo. Cree que no debemos malinterpretar la caracterización que en esta obra Thoreau hace de lo agreste, que no se trata simplemente de ferocidad y salvajismo, sino de un espacio intermedio en que quepa la construcción cultural de uno mismo y la capacidad de autorrevisión: "On the one hand, he rejected the sufficiency of a savage wildness that is uncritical and operates without dialectical constraint. On the other, as he made clear in *Walden*, Thoreau feared the cultural dominance –the overcivilization– of the self by narrow adherence to the ways of being, the conduct of life, already in place"[53].

Frente a una cultura que acumula bienes, pero fracasa en el arte de vivir, Thoreau propone el modelo del paseante, capaz de superar el lugar donde nos encontramos formalmente para convertirse en un individuo libre que elija su propio modo de cultivarse. El problema que tiene esto, como señala Anderson, es que el paseante se puede perder, es posible que el no conformarse con las certezas que se nos ofrecen nos lleve a un mar de incertidumbre. Sin embargo, para Thoreau, enseñar es también vivir con el riesgo de la posibilidad de fracaso, y hay que experimentar sin caminos previos, hacer camino al andar.

"To be a teacher, one must announce one's freedom over and against the dominant civilizing forces"[54]. Thoreau propone una existencia fronteriza, en dialéctica entre nuestro yo salvaje y nuestro yo civilizado, tomando lo mejor de cada parte para construirse a uno mismo y construir una verdadera comunidad.

Conclusión: Henry D. Thoreau, solitario y solidario

Como ya indiqué en la introducción, Thoreau es un personaje contradictorio al que hay que rescatar en toda su complejidad para comprender la profundidad de su pensamiento y evitar simplificarle. Además, al volver sobre él, hay que recordar que mucho de lo que era marginal en su tiempo lo sigue siendo hoy, y en consecuencia, no hay que dejar que se le asimile, ni, como dice Coy, permitir que sus teorías sean escrutinadas por académicos que las disequen. Henry Miller señala, que si alguien imitara hoy su postura ante los problemas éticos que plantean la sociedad y el gobierno, sería inmediatamente acusado de terrorista y rechazado.

Thoreau era un hombre solitario. En *Walden* dice no haber encontrado nunca compañero más sociable que la soledad, él mismo reconoce que su intimidad con la Naturaleza le llevaba a apartarse de los hombres. Tenía un carácter difícil y antisocial, que le llevó a decir que "no cambiaría mi claro de luna por el mejor hombre del mundo"[55]. En esta soledad hay también mucho de desprecio y desinterés hacia las masas, en tanto que le enervaban sus costumbres de ocupar su mente con asuntos triviales, y no dejar hueco para lo que él consideraba que verdaderamente merecía la pena, su tendencia a dejarse llevar por la multitud, a ser tan manipulables, a tomar a la ligera cuestiones importantes, etc... Con el auge de la democracia, el Siglo XIX es sin duda el siglo de mayor desprecio a las masas y al peso de la mayoría, con Nietzsche y su superhombre, Wagner, Kierkegaard y su individualismo elitista, e incluso Marx y muchos socialistas utópicos, que pretendían liberar a las masas, pero manteniendo las distancias. Sin embargo Thoreau no acaba de encajar con todo esto. A la vez que solitario, se compromete con su tiempo y sus conciudadanos, lucha a favor de las minorías, acoge en su propia cabaña a esclavos fugados, y, en definitiva, cree en la liberación de las masas, pero no en el modo como ésta se estaba llevando a cabo, ya que las convertía en un mero instrumento. Protesta contra las masas en tanto que complacidas en su servidumbre, como los ciudadanos que tocaban las campanas el día de la Independencia, celebrando su libertad unos días después de haber devuelto a Thomas Sims a la esclavitud, pero también intenta despertar a los ciudadanos para convertirles en individuos libres. Como Tocqueville, protesta contra la multitud homogénea, y defiende que la libertad va inseparablemente unida a la diferencia.

Se podría decir también que Thoreau despreciaba la corporalidad en virtud de la interioridad y los valores del espíritu, desarrollando en él sólo la espiritualidad, y no la sensualidad y la sensibilidad, pero esto tampoco sería exacto. Los pasajes en que nos incita a fundirnos con la naturaleza son también un canto a los sentidos, a los colores y a la belleza sensible, *ser mundo*.

Thoreau considera que en la Naturaleza encontramos lo que no nos da la sociedad. En esta última, nuestras vidas las llenan los periódicos y el cotilleo, pero, cuando los dejamos a un lado por un paseo vespertino, descubrimos dónde están las que para él son realmente noticias: "La realidad es ver salir el sol cada día y verlo ponerse, participar de ese modo en el ciclo del universo nos conservará sanos siempre. ¡Naciones! ¿Qué son las naciones? ¡Tártaros, hunos y chinos! Pululan como insectos. El historiador lucha en vano por hacerlos memorables. Hay muchos hombres, pero ni uno solo que lo sea auténticamente. Son los individuos los que pueblan el mundo"[56]. Lo único que existe es el individuo de carne y hueso, y es previo a toda asociación política. No se trata de volver a la Edad de Piedra, sino de que, cuando la política no funciona y ha perdido el norte, es conveniente regresar a los orígenes, para saber quiénes somos y de dónde venimos, y de este modo poder decidir hacia dónde queremos ir. Thoreau regresa a la Naturaleza en un momento histórico determinado, en unas circunstancias concretas, buscando una alternativa a un sistema que no le agradaba en absoluto. Sin embargo, su regreso tampoco es una huída: cuando concluye su experimento en Walden vuelve al mundo, y buen testimonio de su compromiso con los problemas de su tiempo y lo que consideraba injusto son sus escritos acerca de la desobediencia civil y la esclavitud y su propia vida, su negativa a pagar impuestos que financiaran al Estado esclavista, su colaboración en los *Underground Railroads,* etc...

Sin embargo, su concepción de justicia es un tanto problemática. En sus tres escritos sobre el esclavismo llama a la desobediencia al Estado en nombre de una ley superior, la misma ley superior a la que obedecía John Brown al matar a algunos esclavistas. Está claro que Thoreau antepone lo ético a lo jurídico, pero ¿cuál es esta ley superior? ¿En qué consiste? No nos lo precisa, y utiliza términos demasiado abstractos que al concretar pueden tener consecuencias no esperadas. Parece que esta idea de justicia superior tiene visos de ser, además de objetiva, trascendente, y este sentido absoluto de la justicia es un tanto peligroso, ya que podría legitimar todo acto, incluso los medios injustos para llegar a esa Justicia. En mi opinión, sería mejor movernos en el ámbito de lo inmanente y resolver nuestros problemas horizontalmente. No es posible concebir una justicia absoluta al margen del tiempo, la historia y las circunstancias concretas.

A pesar del dudoso fundamento trascendente que pueda tener su justicia, Thoreau fue un decidido combatiente contra el dogmatismo. Concibe la verdad como una y múltiple, como algo que reside en uno mismo, en los demás y en la naturaleza. Es aquí donde hemos de encuadrar su antisistematicidad. Como dice Cioran, cuando uno comienza un ensayo, hace unas afirmaciones previas y acaba prisionero de ellas, encerrado en un círculo trazado por uno mismo, sin poder salir y abrazar las tentaciones que nos surgen por el camino, atrapado en su propia coherencia. En cambio, como Cioran, Thoreau propone un sistema fragmentario basado en experiencias, porque "en el sistema sólo habla el controlador, el jefe (...), por eso todo sistema es totalitario, mientras que el pensamiento fragmentario permanece libre"[57].

El *pasear* de Thoreau es en mi opinión una reformulación del *levar el ancla* pirrónico, un no contentarse con las respuestas convencionales que se nos imponen, que a veces van contra el propio ser humano, buscando en lugar de ello nuestra propia respuesta. Se trata de no quedarse estancado en la autocomplacencia y la seguridad del puerto, sino comenzar la navegación, echar a andar a través de la naturaleza, y buscar la única forma de conciliación posible, la que encontramos en el propio caminar, en la misma búsqueda, inmersos en la naturaleza, ya que "el hombre más sabio no predica ninguna doctrina; no tiene esquemas preconcebidos; no ve ningún techo, ni siquiera una telaraña recortando contra el cielo. Su horizonte está libre de obstáculos"[58].

Notas

1. Max Lerner, citado por Juan José Coy en "Henry Thoreau: entre utopía y realidad", Introducción a *Una vida sin principios*, p. 22.
2. Juan José Coy, *op. cit.*, p. 21.
3. Thoreau citado por Juan José Coy, *op. cit.*, p. 22.
4. La información a este respecto la he obtenido fundamentalmente de la obra de Max Weber *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*.
5. Thoreau, *Una vida sin principios*, p. 67.
6. *Idem*.
7. El hecho de que los cimientos sobre los que se asienta el capitalismo pasaran de ser el ascetismo puritano que concibe el trabajo como fin en sí, al mero pragmatismo que tiene como único fin el bienestar y el consumo, es lo que hace decir a Weber que "el estuche ha quedado vacío de espíritu". El capitalismo deja de tener unos fundamentos religiosos para convertirse en un funcionamiento puramente mecánico y racional, que desembocará, como veremos más adelante, en la absoluta irracionalidad.
8. *Ibidem*, p. 71.
9. *Ibidem*, p. 69.
10. *Ibidem*, p. 70.
11. *Ibidem*, p. 73.
12. *Ibidem*, p. 77.
13. *Ibidem*, p. 79.
14. *Ibidem*, p. 79.
15. *Ibidem*, p. 99.
16. *Ibidem*, pp. 99 y 101.
17. Thoreau, *Walden*, p. 76.
18. Citado en la pág. 103 de *Una vida sin principios*.
19. Thoreau, *Desobediencia civil*, p. 45.
20. Thoreau, *Walden*, p. 181.
21. Esto además enlaza con la cuestión de la desobediencia civil, pues lo que suele frenar en su ejercicio son las posibles consecuencias para los bienes y la familia. A veces, dice Thoreau, la honradez y la comodidad material se tornan incompatibles, por eso, para poder tener autonomía moral se necesita también independencia. Depender sólo de uno mismo: esta es, en su opinión, la vía para negarle al Estado lealtad y su derecho sobre mi vida y mis bienes.
22. Thoreau citado por Juan José Coy, *op. cit.*, p. 22.
23. Thoreau, *Pasear*, p. 5.
24. Thoreau, *Walden*, p. 23
25. *Ibidem*, p. 91.
26. (La naturaleza)
27. Thoreau, *Walden*, p. 89.
28. Thoreau citado por Juan José Coy, *op. cit.*, p. 32.
29. Thoreau, *Walden*, *op. cit.*, p. 45.
30. *Ibidem*, p. 39.
31. *Ibidem*, p. 82.
32. *Ibidem*, p. 47.
33. *Ibidem*, p. 59.
34. *Ibidem*, p. 234.
35. Thoreau, *Pasear*, p. 6.
36. Thoreau, *Breviario para ciudadanos libres*, p. 24.
37. Thoreau, *Walden*, p. 120.
38. Thoreau, *Pasear*, p. 22.
39. Thoreau, *Walden*, p. 267.
40. Thoreau, *Pasear*, p. 15.
41. Thoreau, *Desobediencia civil*, p. 50.
42. Thoreau, *Pasear*, p.33.
43. Thoreau, *Libro de citas*, p.94.
44. Nicolás Martín Sosa, "Ética ecológica...", p. 309.
45. Thoreau, *Pasear*, p. 13.
46. Thoreau, *Libro de citas*, p. 104.
47. Thoreau, *Walden*, p. 172.
48. Thoreau, *Pasear*, p. 19.
49. Thoreau, *Walden*, p. 187.
50. *Ibidem*, p. 20.
51. Daniel Butkin, p. 44.
52. Como curiosidad, apuntar que una de sus alumnas fue Louisa Mary Alcott, que más tarde sería la autora de *Mujercitas*.
53. Douglas R. Anderson, *"In the face of technology..."*, p. 298.
54. *Ibidem*, p. 299.
55. Thoreau, *Libro de citas*, pp. 8-9
56. Thoreau, *Una vida sin principios*, p. 93.
57. E. M. Cioran, citado por Juan José Coy, *op. cit.*, p. 38.
58. Thoreau, *Breviario para ciudadanos libres*, pp. 17-18.

Bibliografía

Obras de Henry David Thoreau:

Breviario para ciudadanos libres. Barcelona: Península, 1999.

Desobediencia civil y otros escritos. Madrid: Tecnos, 2001.

Libro de citas. Palma de Mallorca: Juan J de Olañeta, Editor, 2002.

Pasear. Palma de Mallorca: Juan J. de Olañeta, Editor, 1999.

Una vida sin principios. Universidad de León, 1995.

Walden o la vida en los bosques. Barcelona: Parsifal ediciones, 2001.

Otras obras consultadas:

Riechmann, Jorge. *Todo tiene un límite: ecología y transformación social.* Barcelona: Debate, 2001.

Verdú, Vicente. *El planeta americano.* Barcelona: Anagrama, 1996.

Weber, Max. *La ética protestante y el espíritu del capitalismo.* Barcelona: Península 1979.

Artículos de revistas:

Anderson, Douglas R. "In the face of technology: toward a recovery of the human". En *Technology in society*, n° 20 (1998), pp. 297-306.

Martín Sosa, Nicolás. "Ética ecológica, entre la falacia y el reduccionismo". En *Laguna, revista de Filosofía*, nº 7, año 2000, pp. 307-327.

De La Fuente Rubio, Evangelina. "Democracia y desobediencia civil". En *Revista de la Facultad de Derecho de la Universidad Complutense*, nº 83, año 1995, pp. 97-117.

"Review" de Butkin, Daniel. *No man's garden: Thoreau and a new vision for civilization and nature.* En *Landscape and urban planning*, n° 57 (2001), pp 43-47.